

5

Mayo
2007

la Tendencia
— revista de análisis político —

Director

Francisco Muñoz Jaramillo

Editor general

Ángel Enrique Arias

Consejo editorial

Jaime Arciniegas, Augusto Barrera
Jaime Breilh, Marena Briones, Carlos Castro
Galo Chiriboga, Eduardo Delgado
Julio Echeverría, Miryam Garcés
Luis Gómez, Ramiro González
Virgilio Hernández, Guillermo Landázuri
Luis Maldonado Lince, René Maugé
Paco Moncayo, René Morales
Melania Mora, Marco Navas
Gonzalo Ortiz, Nina Pacari
Andrés Páez, Alexis Ponce
Rafael Quintero Quintero, Eduardo Valencia
Andrés Vallejo, Raúl Vallejo
Gaitán Villavicencio

Coordinador editorial

Álvaro Campuzano

Diseño y diagramación

Fraktal – Francis Hernández

Fotografías

Archivo Ildis

www.rafaelcorrea.com/galeria/index.php

Auspicio

ILDIS-FES

Av. Republica 500, Edif. Pucará

Teléfono: (593) 2 250 9608

Quito – Ecuador

Edición y Distribución

Editorial TRAMASOCIAL

Reina Victoria N 21-141 y Robles

Edificio Proinco II, piso 6, Oficina 6B

Teléfono: (593-2) 2 255 2936

Quito – Ecuador

tramasocial@andinanet.net

Impresión

Gráficas Araujo

2471047 / 09 6012237

Los editores no comparten, necesariamente, las opiniones vertidas por los autores, ni éstas comprometen a las instituciones a las que prestan sus servicios. Se autoriza citar o reproducir el contenido de esta publicación, siempre y cuando se mencione la fuente y se remita un ejemplar a la revista.

laTendencia
— revista de análisis político —

c de esta edición: cada autor

ISSN: 13902571

Mayo 2007

Editorial	5
-----------	---

ANÁLISIS DE COYUNTURA

Orden, seguridad e institucionalidad en el gobierno de Correa Jorge León T.	7
Cien días intensos y eficaces de Gobierno Galo Chiriboga Zambrano	15
Perspectivas políticas tras los primeros días de gobierno Carlos Castro Riera	19
Cuatro lecciones de la consulta popular del quince de abril Pablo Ospina Peralta	25
UNASUR: la coordinada bolivariana Napoleón Saltos Galarza	30
'Acuerdo País': una opción ciudadana radical Fernando Cordero Cueva	36
La responsabilidad de ir juntos a la Asamblea Nacional Constituyente Norman Wray	40

ACTUALIDAD DE LAS IZQUIERDAS

9 Reflexiones sobre la izquierda latinoamericana actual Julio Echeverría	42
'Posneoliberalismo' y 'neodesarrollismo': ¿Las nuevas coordenadas de acción política de la izquierda latinoamericana? franklin ramírez gallegos	51
El desafío de la unidad Juan Cuvi	57
Democracia y sociedad mundial: reflexiones desde la socialdemocracia Christoph Zoepel	62

Hacia un nuevo socialismo democrático	68
Xavier Buendía Venegas	

DEBATE SOBRE LA NUEVA CONSTITUCIÓN

Las izquierdas y la constituyente	71
Francisco Muñoz J.	
Hacia una nueva inserción en el contexto global y regional	75
Pablo Andrade	
Hacia un nuevo esquema de regulación económica: re-definición del papel regulador del Estado	80
Pedro Páez	
Pobreza, inequidad social, empleo y desarrollo: propuestas para la constituyente	86
Carlos Larrea	
Encuentro Internacional “Experiencias Constitucionales en América Latina”	92
Néstor Raúl Correa	
La constituyente y la nueva constitución	98
Julio Cesar Trujillo	
Los retos de la próxima Asamblea Nacional Constituyente en torno a las definiciones del nuevo ordenamiento jurídico nacional	103
Diego Pazmiño V.	
Las mujeres ecuatorianas, la constituyente y la constitución	109
Rocío Rosero Garcés	
Una propuesta a la asamblea desde las mujeres autoridades locales	114
Margarita Carranco	
Propuesta de la Confederación de Trabajadores del Ecuador	119
CTE	

El desafío de la unidad

Juan Cuvi*

Un ideario basado en la amplitud y una unidad sustentada en el respeto a las diferencias, pueden ser consideradas las piedras angulares sobre la que se erigió el Frente Amplio del Uruguay, allá por 1971, cuando el país empezaba a ser convulsionado por la guerra anti-subversiva y por las opciones políticas más represivas. ¿Pensaron los fundadores del Frente Amplio que con esos principios iban a definir, tres décadas después, una verdadera opción de cambio trazando un referente estratégico para proyectos similares en América Latina? A juzgar por lo que ocurrió años después, probablemente no. Entrampados entre la lógica de la lucha guerrillera y la dictadura militar, las opciones de una lucha democrática legal desde una perspectiva popular parecían condenadas a la intrascendencia. Considerado por la izquierda radical como un simple aditamento del proceso revolucionario, y visto con profunda desconfianza por la derecha que lo estigmatizaba como un parapeto legal de la subversión, el proyecto democrático del Frente Amplio agonizaba en medio de esta polarización política. Aparentemente, carecía de viabilidad histórica.

No obstante, tras la crudeza de las dictaduras instauradas en la mayoría de países latinoamericanos durante la década de los setenta, la perspectiva

de los proyectos más radicales fue profundamente alterada. La enorme importancia de la democracia como proyecto histórico volvió a situarse en el centro del debate. Con la excepción del Perú, donde el estalinismo de Sendero Luminoso sentó sus reales con inusitada fuerza, y de Colombia, donde el proyecto ortodoxo de las FARC se convirtió en un factor endémico de la política y la sociedad, en el resto del continente han irrumpido proyectos renovados de izquierda durante las dos últimas décadas. Es más, en la propia Colombia, y pese al monopolio de la oposición de izquierda que mantenían las organizaciones guerrilleras, el surgimiento del Polo Democrático ha demostrado la viabilidad de una propuesta alternativa amparada en una visión moderna de la política.

La propuesta original del Frente Amplio de Uruguay (que, según sus propios historiadores, no es más que la continuación de la experiencia de los Frentes Populares de las décadas de 1930 y 1940 del siglo pasado) fue favorablemente recogida por otros movimientos en América Latina. Hacia fines de los años setenta, en el Brasil se fundó el Partido de los Trabajadores (PT), a partir de la conjunción de organizaciones sindicales y movimientos sociales ubicados en el espectro de la centro-izquierda y la izquierda. Marxistas, ex guerrilleros, cristianos

* Dirigente de Alfaro Vive Carajo

de base y sindicalistas terminaron apuntalando uno de los proyectos más interesantes y decisivos de la historia continental.

Al igual que sus predecesores uruguayos, que integraron en el Frente a sectores que iban desde la democracia cristiana hasta la izquierda leninista, un amplio abanico ideológico permitió al PT aglutinar suficiente fuerza social como para convertirse, en pocos años, en un actor determinante en

la política brasileña. Únicamente así fue posible forzar el final de la dictadura. Dos décadas de una oposición inteligente y constructiva y de un eficiente ejercicio de los poderes seccionales, permitieron al PT acceder al gobierno con un proyecto coherente, con un partido estructurado y con cuadros experimentados en la administración pública.

Chile, por su parte, no dejó de participar de esta tendencia. El final de la sangrienta dictadura de Pinochet en el país con mayor tradición institucional de América Latina, no pudo hallar mejor respuesta que un acuerdo entre los sectores de izquierda y centro-izquierda para retornar a la democracia y definir una estrategia de gobierno a largo plazo. Desde una perspectiva más radical no se puede negar que, en la práctica, la Concertación Democrática chilena, con todos sus límites, ha permitido que ocurra una inclinación progresiva hacia la izquierda en los distintos gobiernos que se han sucedido a partir de 1990. De Frei a Bachelet existe, a no dudarlo, un largo y significativo avance democrático.

El respeto... pero en serio

En un momento en que la uniformidad ideológica era una constante inamovible entre las organiza-

En un momento en que la uniformidad ideológica era una constante inamovible entre las organizaciones de izquierda, la claridad con que el Frente Amplio estableció al pluralismo como uno de sus principios rectores resulta impresionante.

ciones de izquierda, la claridad con que el Frente Amplio estableció al pluralismo como uno de sus principios rectores resulta impresionante. A los grupos que lo conformaron no se les exigió más condiciones que el acatamiento de la declaración constitutiva, la adopción de las resoluciones colectivas y la solidaridad recíproca. Ni catecismos ni sumisiones dogmáticas. Hasta ahora, cada colectivo ha podido

mantener su autonomía con respecto a puntos como ideología, objetivos finales, estrategia, línea política, forma de organización y disciplina interna. La noción de fusión o absorción, a la que nos habían acostumbrado experiencias unitarias anteriores (y también posteriores), fue trocada por un acuerdo moderno basado en un profundo compromiso ético. La voluntad de construir pudo más que las diferencias, que los apetitos personales y que el inveterado canibalismo.

Pero el respeto a las diferencias no puede, por sí sólo, mantener la cohesión de un proyecto, salvo que se trate de una cofradía o hermandad basada en pactos de sangre o complicidades esotéricas. El objetivo catalizador para aglutinar bajo un mismo techo a una infinidad de proyectos y propuestas fue, y sigue siendo, un ideario que aspira a construir una sociedad justa, nacional y progresista. El elemento en común de este amplio ideario no es otro que alcanzar los cambios históricos que demanda la sociedad. En este punto, cabe reafirmar una vieja aspiración que, para los sectores que reivindican un discurso revolucionario, todavía resulta un franco sacrilegio: los proyectos de la nueva izquierda deben incluso proponerse, entre

otros objetivos, llevar a efecto las tareas históricas del liberalismo que las burguesías no pudieron, no supieron o no quisieron realizar.

Ahora bien, es indispensable que al respeto y la amplitud señalados se adose una irrestricta convicción democrática. Ni centralismo, ni verticalismo, ni unicidad de pensamiento. Un debate que se agote en los acuerdos mínimos, antes que en las descalificaciones y suspicacias mutuas, permite levantar una estrategia conjunta que haga realidad la idea de sinergia política. Sumar es la consigna. Más allá de que en el trayecto puedan ocurrir algunas fracturas o deserciones (como, por lo demás, le ha ocurrido lamentablemente al PT en Brasil), el balance final siempre resulta positivo.

La vieja partera de la historia

Insinuar que en los casos analizados los antecedentes de violencia puedan constituir un factor desencadenante para el nacimiento de una nueva izquierda peca de una indolencia y hasta de una crueldad inaceptables. La democracia no debería tener un costo humanitario tan elevado. Generaciones enteras sacrificadas en manos de la represión o de la violencia antiliberal constituyen una quiebra cuya factura se presenta, tarde o temprano, a toda la sociedad.

El caso colombiano aparece, en este sentido, como paradigmático. El viejo dogma marxista que señala a la violencia como la 'partera de la historia' fue aplicado allí con la más absoluta fidelidad. El problema es que el parto ha sido tan prolongado y el esfuerzo tan agotador, que no sólo no se ha dado alumbramiento alguno, sino que la madre, es decir la sociedad colombiana, se desangra en medio de una atroz hemorragia social. La negociación de paz por parte de algunas organizaciones guerrilleras y la posterior conformación del Polo Democrático,

han sido, sin lugar a dudas, las medidas más acertadas de la izquierda colombiana en toda su historia. Pero ambas decisiones requirieron de algunos condicionantes fundamentales.

En primer lugar, fue necesario apostar por un proyecto democrático e incluyente que se contraponga a la lógica oligárquica y señorial del centenario bipartidismo liberal-conservador. La violencia, la exclusión y la inequidad del sistema debían ser enfrentadas con más y más democracia, no con proyectos autoritarios ni unilaterales. El Polo Democrático ha dado ejemplo de una amplitud y horizontalidad aparentemente imposibles de manejar desde una concepción tradicional de la organización política. La selección de representantes mediante elecciones abiertas, masivas y voluntarias, por ejemplo, es la demostración más contundente de la superación del viejo sectarismo de izquierda.

En segundo lugar, y como condición para viabilizar lo señalado en el párrafo anterior, fue necesario poner en práctica un proceso unitario cuya premisa es la tolerancia absoluta de las diferencias. La unidad más amplia sobre aspectos básicos era la única opción para una verdadera disputa de poder frente a la derecha, pero también para protegerse de la violencia política. En una nación cortés y refinada, donde el asesinato político es cosa corriente (tal como la describió Waldo Frank hace más de medio siglo, sin el menor ánimo de profetizar), la izquierda colombiana tuvo que unirse no sólo por estrategia política, sino también por supervivencia física.

Entre la desconfianza y la debilidad

Explicar sólo desde el análisis político la crónica dificultad de la izquierda ecuatoriana para unirse resulta sumamente complicado. Tal vez habría que adentrarse en disciplinas como la antropología, la psicología social y hasta la geografía humana para

tratar de entender un fenómeno tan complejo como ridículo. El fraccionamiento de la tendencia ha alcanzado tales extremos que resulta casi imposible establecer una mínima clasificación de sus integrantes, sobre todo por la vertiginosa proliferación de grupos y colectivos, algunos de los cuales nacen con la misma rapidez con que desaparecen.

Si consideramos solamente a aquellas organizaciones que cuentan con identidad, una mínima estructura, cierta trayectoria, algo de presencia mediática, dimensión nacional y una que otra figura pública, podemos registrar al menos una veintena. Esta cantidad resulta exagerada para un país como el Ecuador. Más todavía si consideramos que cada organización tiene andarivel propio y, en no pocos casos, hasta pretensiones hegemónicas. Sin embargo, si fueran el reflejo de una diversidad constituyente (para utilizar una terminología acorde con la moda actual), se podría soñar con una cantera para la construcción de un actor político moderno, acorde con la realidad nacional y con las demandas sociales. Pero esa aspiración aún está por forjarse.

El momento político actual no puede ser más propicio para alcanzar este propósito. Una derecha acorralada y carente de liderazgo, un populismo que se debate entre la estulticia y la ignorancia de sus conductores, y una sociedad dispuesta a sepultar todo vestigio de las antiguas prácticas políticas, abren un horizonte prometedor para un proyecto de cambios profundos. Sin embargo, esta oportunidad inigualable puede naufragar en la vieja lógica hegemónica de la política ecuatoriana.

La izquierda y la centro-izquierda tienen que empezar luchando contra un importante 'enemigo' interno: la atomización política que, como un espejo, refleja el grave fraccionamiento étnico, social y regional del país. De ahí han surgido cientos de agrupaciones consolidadas solamente en su pequeñez y debilidad, así como infinidad de líderes y figuras con aspiraciones a veces descabelladas, lo que entorpece todo intento por generar procesos unitarios. Demasiados generales para tan poca

La izquierda y la centro-izquierda tienen que empezar luchando contra un importante 'enemigo' interno: la atomización política que, como un espejo, refleja el grave fraccionamiento étnico, social y regional del país.

tropa, parece ser la ecuación que define la situación.

Este fraccionamiento ha provocado una honda desconfianza mutua. La identidad construida por oposición al 'otro' ha derivado, en el mundo de las izquierdas, en una suerte de sospecha y conspiración permanentes. Cálculo y suspicacia son los instrumentos que regulan las relaciones entre potenciales socios. Como resultado, la generosidad,

esa virtud tan escasa pero tan indispensable para definir una nueva forma de hacer política, paga los platos rotos. La dificultad de construir colectivos amplios y sólidos ha terminado justificando al tsunami electoral en que se ha convertido el actual gobierno.

¿Patriarcado de izquierda?

El reciente éxito electoral del presidente Rafael Correa en la consulta popular (que de ninguna manera es el triunfo del movimiento Alianza País) prefigura un enorme riesgo: que el gobierno termine convertido en el sumo pontífice de la tendencia. Ante la ausencia de partido propio, y con una mul-

tiplicidad de pequeños actores que negocian individualmente con el fin de conseguir alguna ventaja, el gobierno puede caer en la necesidad de imponer una dinámica vertical que le resuelva favorablemente el enfrentamiento en las urnas con la derecha y el populismo. La lista única, o el sometimiento a una agenda constituyente prediseñada, apuntan en ese sentido.

De primar este equívoco, los múltiples actores de izquierda y centro-izquierda que hoy buscan un espacio político electoral corren el riesgo de ser invisibilizados, cooptados o absorbidos por la lista del gobierno. Desconocer que actualmente, en cualquier relación política, el gobierno tiene la sartén por el mango sería como querer tapar la luz del

sol con un dedo. La gran diferencia radica en el tipo de relación a construir: o con aliados menores o con súbditos... y eso depende, fundamentalmente, de la visión que despliegue el gobierno, pero también de las estrategias de unidad y negociación que apliquen los actores pequeños.

Los beneficios de un acuerdo a largo plazo convienen a toda la tendencia, no sólo por los resultados potenciales en la Asamblea Nacional Constituyente, sino en las elecciones del próximo año, cuando se jugará la verdadera final en esta disputa por alterar las relaciones de poder en el Ecuador.